**MISA EXEQUIAL POR D. JULIO BUENO PÉREZ**

**Sésamo, 12 de junio de 2018**

Jesús fue anunciado por el profeta Isaías como una luz que ha de venir para iluminar al Pueblo que caminaba en las tinieblas del pecado. Él mismo se presentó ante sus discípulos como la Luz del mundo y les pidió que ellos también fueran luz para el mundo. Jesús, es la luz del mundo, la luz del hombre, la luz de los vivos y de los difuntos.

En el responsorio de la Misa exequial cantamos esta antífona: “Dale, Señor, el descanso eterno, brille para él la luz perpetua” ¿A qué luz se refiere? Evidentemente pedimos para nuestros hermanos difuntos que la luz de Cristo resucitado y glorioso les devuelva la vida. Es la luz que transfigura y transforma la existencia humana llevándola a su plenitud, introduciéndolo en la felicidad. Jesus en el evangelio de San Juan se presenta como la luz del mundo. Una luz que viene a este mundo con la intención de iluminar todas las realidades. También aquellas realidades oscurecidas por las tinieblas del pecado y de la muerte. Jesús brilla con Luz propia. Él es Luz de la Luz. No la recibe de nadie. Él mismo es luz y por eso puede dar la luz al mundo y al hombre. La luz de Cristo se identifica con la vida nueva, con la vida transfigurada. En el pasaje de la Transfiguración, San Lucas dice que “Mientras Jesús oraba, el aspecto de su rostro cambió y sus vestidos brillaban de resplandor” Es la vida plena, llena de felicidad que Pedro experimenta en aquel momento como un adelanto de lo que será la vida eterna.

Sin luz no hay vida. Los hombres se mueren y las plantas se secan Sin la luz de Cristo el hombre está abocado a la muerte espiritual. Cristo vino a este mundo como la luz y las tinieblas no lo recibieron. Porque el Reino de Cristo es el Reino de la luz y de la vida no el reino de las tinieblas y de la muerte. Cuando pedimos que brille la luz eterna para nuestros difuntos estamos pidiendo para ellos el Reino de la luz de Cristo resucitado que ilumina la muerte del hombre y le da una nueva vida.

Los cristianos hemos recibido la luz de Cristo y la nueva vida en el bautismo y nuestra misión es iluminar con la fuerza de la verdad del evangelio todas las oscuridades que falsean la realidad del hombre y de la sociedad. Nuestra misión es dar vida al mundo para que el mundo crea y se salve. Todos los fieles cristianos somos como velitas encendidas en medio de la oscuridad. Quizá nuestra luz sea muy tenue porque también nuestros pecados la ocultan, pero es imprescindible para que la vida de la humanidad se desarrolle según el plan de Dios. Los laicos, por estar inmersos directamente en los asuntos del mundo, tenéis como misión principal la de llevar la luz de la fe y de la misericordia divina a todos los ambientes sociales. No solo los laicos, también los consagrados y los sacerdotes debemos llevar a todos los hombres la luz de Cristo y hacerles partícipes de Cristo, camino, verdad y vida para el hombre.

En efecto. La vida del sacerdote es como un faro que ilumina hasta los lugares más alejados. Si el sacerdote se ha identificado con Cristo y vive según el modo de vivir del Señor, ilumina con la luz de su fe y el amor de sus obras a los fieles y también llega a todos los hombres, incluso a los más alejados. La vida de los verdaderos ministros de Dios atrae por la fuerza de su ejemplo a muchos a la fe como la luz de un faro o de una bombilla atrae la mirada de la gente.

Para que el sacerdote sea luz del mundo tiene que subir como Pedro, Santiago y Juan al monte Tabor para transfigurarse con Cristo en la oración. No bastan sus propias fuerzas, es necesaria la confianza en Dios y la fuerza de su gracia. Cuando el sacerdote no hace habitualmente este ejercicio, acaba iluminando con luz de neón, es decir, con luz artificial y no la Luz de Cristo.

Nuestro querido hermano sacerdote, D. Julio Bueno Pérez quiso ser faro y luz de Cristo para todos los hombres que entablaron relación con él. Nacido en esta parroquia de Sésamo, fue ordenado sacerdote en el año 1956 y nombrado párroco de Pereda de Ancares, Candín, Sorbeira, Tejedo de Ancares, Lumeras, Espinareda de Ancares, Suertes y Villasumil. A partir de 1963 su ministerio sacerdotal estará ligado a la ciudad de Ponferrada. Primero como coadjutor de la parroquia de Nuestra Señora de la Encina y después como párroco de la parroquia de la parroquia recién creada Jesús Redentor de la zona de la Placa. También fue profesor de religión del Instituto. Jubilado en 1997 vivía en la Residencia de Ancianos de la Fundación Fustegueras atendiendo la capellanía hasta que sus fuerzas decayeron totalmente. Ayer moría en esta residencia en la paz del Señor.

El Señor lo eligió para que transmitiera con la predicación de la Palabra la luz de la fe, la alimentara con la celebración de los sacramentos y la fortaleciera con la práctica del amor fraterno. Supo echar aceite en la alcuza del alma de muchos fieles cristianos para que no se apagara la luz de su fe. Supo también, con amor de padre, acompañar y proteger el pábilo vacilante de la fe en aquellos que dudaban.

Demos gracias a Dios por su ministerio sacerdotal al servicio de nuestra Diócesis de Astorga. Su luz no se apaga con la muerte porque sobre él esperemos que brille, por la misericordia de Dios, la luz de la vida eterna. Nuestro hermano D. Julio, desde las manos de Dios, ilumina con la intercesión y con el ejemplo, el camino de los que habéis sido sus feligreses y familiares y lo recordáis con cariño y con admiración.

† Juan Antonio, obispo de Astorga